

con las obras; que jamás sabrá prevalecer la palabra de un Obispo contra la autoridad del Sucesor de San Pedro; y que por fin, tratándose de gravísimos puntos doctrinales, es muy poco edificante el hablar de *manejos y de intrigas* de la Curia Romana. Ya que tanto nos habla de Fenelón, fuera de desear que se lo propusiese por modelo.—*J. B.*

PORVENIR DE LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS

EN ESPAÑA.

ARTÍCULO 3.º

La vida religiosa destinada únicamente á la oración y á la penitencia en el retiro de la soledad, es conveniente para ofrecer un asilo á la inocencia, al arrepentimiento y al infortunio; y bajo dicho aspecto, es de desear que se restablezca en España. Pero no es este el único punto de vista desde el cual queremos mirar los institutos religiosos; algo vemos en ellos además de su santidad y sublime poesía; en nuestro juicio está íntimamente enlazado con los mismos el porvenir de la sociedad.

Basada la civilización moderna sobre la libertad universal, y atacando la esclavitud en las colonias después de haberla abolido en Europa, tiene que arrostrar los inconvenientes que consigo trae este inmenso beneficio, y resignarse á satisfacer las necesidades que la nueva condición ha engendrado. Los antiguos reconocían la esclavitud como un elemento social indispensable, y presintiendo la dificultad de gobernar un número muy crecido de hombres, los cuales disfrutasen todos de la libertad civil, apelaron á un expediente muy sencillo: privar de dicha libertad al mayor número; y con el sudor de estos infelices

vivir y gozar los libres. La Religión cristiana no condenó la esclavitud, no atacó los derechos adquiridos; pero miró con desagrado y compasión un estado que tan mal se aviene con la dignidad humana, y que tan fuertes obstáculos opone al desarrollo intelectual y moral del desgraciado á quien cabe la infausta suerte. Resultó de esto que la esclavitud anduvo desapareciendo á medida que el cristianismo tomó extensión y arraigo; y todavía en nuestros tiempos estamos viendo que el espíritu de esa religión de fraternidad y de amor, va procurando que cese en las colonias esta degradante condición levantando enérgicamente su voz el Padre de los fieles contra los que se ocupan en el infame tráfico de los negros (1).

La clase de los proletarios ha sucedido á los esclavos; mediando entre ellos la diferencia que éstos recibían de sus amos alimento, vestido, abrigo y demás cosas necesarias para la vida así en el estado de salud como de enfermedad, y aquéllos se lo han de procurar ellos mismos con el trabajo de sus manos, ó recibirlo de la caridad pública. El amo que poseía algunos centenares de esclavos, y en los cuales consistía una buena parte de su riqueza, debía cuidar por interés propio de la conservación de ellos, de la misma manera que atendía á la de sus ganados. Así quedaba la sociedad libre de este cargo, el cual gravitaba exclusivamente sobre el interés individual de los propietarios, siendo de notar que en la parte de semejanza que tuvieron las sociedades antiguas con las modernas, en abrigar en su seno pobres no esclavos, se dejaban sentir males parecidos á los nuestros. Bien conocidos son los graves apuros en que se encontraron Atenas y Roma en pre-

(1) Para formarse idea de la influencia de la Religión cristiana en la abolición de la esclavitud, y de la conducta observada por la Iglesia católica sobre este particular, véase el tomo 1 de la obra titulada *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, por el autor de esta Revista.

sencia de una plebe sediciosa y hambrienta que se creía con derecho á ser mantenida del erario público.

Libre de la esclavitud la clase proletaria vese precisada á luchar con las dificultades de su situación al par que disfruta de sus ventajas; los ricos no tienen interés directo é inmediato en proveer á la subsistencia de un determinado número de individuos; bástales que en tal tiempo y lugar correspondiente no les falten los brazos necesarios para su servicio. Así el pobre queda entregado á sus propios recursos, y no consistiendo éstos en otra cosa que en el trabajo, cuando carezca de él es víctima de la miseria. Un sistema semejante mirado bajo un punto de vista meramente económico, no puede menos de traer gravísimos inconvenientes; porque supone mucha sobreabundancia de medios de subsistencia con los cuales se provee á las necesidades de los pobres. El trabajo ha de ser constante, y además retribuído lo suficiente para que el salario alcance á la manutención del jornalero y su familia: dos condiciones sujetas á infinitas eventualidades, y que vemos faltar á cada paso, quedando reducidos á la miseria más espantosa los que del cumplimiento de ellas tienen pendiente su subsistencia.

Pero la Religión cristiana, de la cual ha dimanado la presente organización en lo que tiene de ventajoso á la humanidad, no considera las cosas bajo el aspecto puramente material; á sus ojos el hombre es algo más que una máquina para elaborar; y la sociedad no se limita á una simple combinación de consumos y productos. El hombre es criado á imagen y semejanza de Dios, destinado á una felicidad sin término en la otra vida; todos los hijos de Adán son hermanos por haber procedido de un mismo tronco, y sobre todo por tener todos un mismo Criador, un mismo Redentor, y un mismo fin que es la bienaventuranza eterna. De estos principios nacen una serie de obligaciones, así para el individuo como para la sociedad; aquél no puede permitir que sus hermanos padezcan hambre, ni sed, ni desabrigo; y en cuanto cabe en sus alcances debe so-

correrlos en las necesidades. La limosna es una verdadera obligación; á ello no le forzarán los tribunales de la tierra; pero si la olvida, sabe que de tal omisión le pedirá cuenta el Soberano Juez en el día del juicio. Sobre la sociedad pesan también deberes no menos graves y rigurosos. La suerte de los desgraciados no puede quedar abandonada á las vicisitudes de la circulación de la riqueza: el legislador está obligado á tener previstos los casos extraordinarios en que pueden sobrevenir calamidades públicas, y á guardar en reserva los medios de desvirtuarlos ó atenuarlos; y en cuanto á los males ordinarios que son como el patrimonio de la humanidad, debe tener planteado un sistema de socorros, ora fijos, ora intermitentes, que sostengan al pobre en su penuria y lo alivien en su enfermedad.

De esta manera la libertad no trae consigo el abandono del necesitado á sus propios recursos; pues que el interés del dueño en favor de su esclavo queda sustituido por la desinteresada solicitud de la caridad.

El malestar que siente la sociedad de nuestra época, á pesar del inmenso desarrollo de la riqueza y de las indisputables mejoras que en muchos ramos se han obtenido, proviene de que la civilización se ha desviado en parte del principio que le dió nacimiento y progreso. El elemento religioso es y ha sido siempre necesario á toda sociedad; pero la europea lo ha menester de una manera especial, porque no estando cimentada sobre la fuerza, antes al contrario, teniendo una decidida propensión á excluirla más y más cada día, requiere mayor abundancia de influencia moral, la que no existe sin la religión. La incredulidad y la indiferencia han extraviado los entendimientos, el principio utilitario ha establecido el egoísmo en los corazones; y una sociedad destinada á presentar el más bello conjunto de estabilidad, bienestar y esplendor, siéntese herida en sus entrañas por enfermedades que la amenazan con los más graves peligros. El árbol había crecido hermoso y lozano, y levantaba ya orgullosa su frente coronada de ra-

mos, de flores y de fruto: «esta tierra, dijeron algunos insensatos, fué muy buena para los primeros años del árbol, pero ahora ya no la necesita; trasplántemole á la que nosotros le hemos preparado; allí acabará nuestro ingenio lo que había comenzado la naturaleza.»

Con tan extrañas preocupaciones no se ha echado de ver la utilidad que podía resultar de las venerandas instituciones que nos legaron los antiguos; todo lo que no estaba pautado sobre la mezquina regularidad de concepciones menguadas y presuntuosas ha sido condenado como dañoso, ó despreciado como vana superfluidad. Esos filósofos que así reprueban lo que no comprenden, y que de tal manera se empeñan en vaciar el universo entero en el molde de su pensamiento, se parecen á un jardinero que envanecido con la compasada regularidad de las tablas, senderos y surtidores de su verjel de un centenar de toesas cuadradas blasfemase contra el Supremo Hacedor por haber distribuido con sublime prodigalidad y en aparente y magnífico desorden, vastísimas llanuras, gigantescas montañas, caudalosos ríos y sonoras cascadas.

Uno de los objetos en que la incredulidad se ha mostrado más ciega y rencorosa, son, á no dudarlo, las instituciones religiosas. No ha visto, ó no ha querido ver, que ellas habían servido en todo tiempo para satisfacer grandes necesidades no sólo religiosas sino sociales y políticas, y que en nuestra época no se debía desaprovechar un elemento que bien dirigido podía remediar ó disminuir muchos males. Afortunadamente el mundo á pesar de toda su distracción y desvanecimiento, es todavía más cuerdo que ciertos filósofos que pretenden guiarle; y vemos que no obstante todas las declamaciones, todos los manejos, y lo que es más, todas las violencias contra las instituciones religiosas, las acoge presuroso cuando se trata de instruir, moralizar ó consolar. En los países más cultos, y donde más extensión y arraigo tomaron las preocupaciones irreligiosas, allí vemos que los pobres miran con predilección y cariño á los hermanos de la doctrina cristiana,

que se desvelan en comunicarles una instrucción fundada sobre la fe de la Iglesia; al paso que los enfermos bendicen la religión que les envía las *hermanas de la Caridad* para cuidarlos, aliviarlos y consolarlos en el lecho del dolor.

¿No decís que el dinero es el agente universal, que el oro es el talismán para obrar los mayores prodigios? pues abrid vuestras arcas, derramad á manos llenas vuestros tesoros, y ved si con todos ellos llegaréis á formar una *hermana de la Caridad*. La dulzura, la paciencia, la constancia que distinguen á esas mujeres admirables llenas del espíritu de Dios y señoreadas por el fuego de la caridad no pueden nacer de motivos puramente humanos. La razón y la experiencia están de acuerdo en enseñarnos esta verdad, por más que los enemigos de la religión se hayan empeñado en hacernos creer que realmente puede existir un desprendimiento sublime en hombres que no piensan en Dios, ni esperan nada de la vida futura. No negaremos que un individuo dominado por una fuerte pasión, ó arrebatado por un impulso de noble generosidad, se olvida á veces de su propio interés y hasta de su vida, en obsequio de alguno de sus semejantes; mas si bien se observa, en el fondo de aquel desprendimiento se descubre ó el amor de la gloria, ó la ceguera que resulta de algún afecto muy fuerte; en fin se encuentra el apego á sí propio, cuando á primera vista no se descubriera más que absoluta abnegación.

Pero demos que efectivamente lleguen algunos individuos á poseer el desprendimiento de que se trata, y que sean capaces de ofrecerse en holocausto por el bien de los demás, prescindiendo de la gloria que de ello les resulte y de cualquiera pasión que los mueva; este fenómeno tan singular y extraordinario, ¿podrá jamás generalizarse? La feliz disposición de esas almas naturalmente generosas y desinteresadas ¿es por ventura el tipo de la humanidad, ni siquiera de un pequeño número de hombres? ¿Sobre ese cimiento tan estrecho podrá levantarse nada grande? Ras-

gos de esta naturaleza dependen de un momento de entusiasmo, y el entusiasmo es cosa tan pasajera que no conviene contar con él sino para resultados momentáneos. El corazón humano de suyo tan flaco y sobre todo tan inconsistente, ha menester algo más que sus propios impulsos para proseguir largos años en una carrera de penalidades, de mortificación, de humillaciones de todo género, sin esperanza de recibir sobre la tierra la más ligera recompensa.

Fijemos un momento nuestra consideración sobre una *hermana de la Caridad*. En la flor de sus días, en la primavera de la vida, cuando la belleza esmalta su semblante, cuando las rosas de la juventud hermosean su tez, cuando sus ojos centellean con el fuego de la adolescencia, cuando el mundo la brinda con un porvenir de ilusión y de placeres, abandona los brazos de sus padres, da el último adiós á su tierna madre, se separa para siempre de sus parientes, de sus amigos, deja el cielo que la vió nacer, el país sembrado de los dulces recuerdos de la infancia, para marcharse á tierras lejanas, á vivir entre personas desconocidas, entrando en una casa donde no se respira sino austeridad y penitencia. Falta de todas las comodidades de la vida, rodeada de privaciones, sola con su corazón y con su Dios, recuerda con triste emoción, tal vez con amargas lágrimas, el amor y las caricias de una madre que á la sazón llora con inconsolable llanto la pérdida de una hija querida de quien se ha separado para siempre. ¡Qué angustias no sufrirá en el fondo de su alma aquella tierna niña, que acaba de resolverse á un paso de tanta consecuencia! Mira en torno de sí, y nada halla sobre la tierra que sea capaz de aliviar su aflicción; y si fija los ojos sobre el porvenir, ¿qué es lo que le está reservado? ¡Ah! al salir de aquella triste y solitaria mansión ha de sepultarse en un hospital para toda la vida. Ya no hay para ella esperanza de descanso: al lado del enfermo y del moribundo ha de agotar la copa de amargura, sufriendo incessantemente la vista de las miserias de la humanidad, y

arrostrando los actos más penosos y repugnantes. Asquerosas llagas, dolencias pestilentes, groserías de los necesitados, ingratitud de los mismos á quienes está socorriendo, los días sin reposo, las noches con escaso sueño, y el día de hoy, como el día de ayer, y el de mañana como el de hoy, y siempre privaciones, siempre molestias, siempre servicios penosos, siempre la presencia de objetos aflictivos, siempre al oído penetrantes ayes, siempre gemidos, siempre el estertor del moribundo, siempre el horror de la muerte: este es su porvenir, esto es lo que la espera hasta los umbrales del sepulcro. Reunid toda la filosofía humana, apurad los más nobles sentimientos del corazón, y ved si de todos podéis exprimir una gota de consuelo para esta inocente criatura, que sola en su retiro está pensando en lo que fué y en lo que será. Nó: no hay fuerzas humanas que puedan llevar adelante una resolución tan sublime; no hay pecho de tan alto temple que no desfallezca en presencia de tan terrible perspectiva; sólo la religión es capaz de inspirar tan heroico desprendimiento; sólo Dios es capaz de obrar ese continuado prodigio.

Si la humanidad doliente ha de ser socorrida con tierno cuidado, con solicitud y con amor, preciso es encomendarla á la caridad cristiana. ¡Fiáos en la filantropía, que en el fondo de ella os encontraréis con un cálculo mezquino sobre el salario! ¡Y desgraciado el enfermo, pobre y desvalido, á quien se asiste por sola la esperanza del interés! La administración más severa no será capaz de endulzar el lenguaje y los modales de los servidores; si á fuerza de rigor se consigue la puntualidad, no se obtendrán jamás la ternura y el amor.

La misma caridad cristiana obrando aisladamente sobre los corazones, dista mucho de producir los mismos efectos que cuando vive sometida á la severidad de un instituto religioso. Entonces no es el individuo quien obra, sino la misma institución; y la institución es una persona sublime, que no muere, no se altera, no sufre las vicisitu-

des que combaten las almas más virtuosas, sino que haciéndose superior á todas las pasiones, á todos los deseos, á todas las miras mundanas, atraviesa impasible por entre las miserias de la tierra sin más norma que la ley de caridad, sin más esperanza que el cielo, sin más objeto que Dios. Ese espíritu que anima á la institución se comunica en cierto modo á las personas que la componen; y por esto las vemos obrar de una manera tan extraordinaria que desconcierta todas las combinaciones de la prudencia humana. Lo que acabamos de describir no es una ficción poética, es un objeto real y verdadero, que existe entre nosotros, que le podemos ver cuando bien nos parezca, y cuyos benéficos efectos experimentan á cada paso la enfermedad y la miseria. Reflexionen sobre ello los hombres que con insensata precipitación condenan todos los institutos religiosos; vean si no hay aquí mucho de qué asombrarse, aun prescindiendo de toda creencia religiosa, y considerando los objetos bajo un punto de vista de filosofía y de humanidad.

Se nos dirá que hemos presentado adrede un instituto bello y sublime, y contra el cual nada puede objetar quien no esté destituido de todo sentimiento de amor hacia sus semejantes. Pero obsérvese que lo que hemos tratado de hacer, es, poner en salvo el principio combatido, demostrar hasta la evidencia que la religión alcanza á un punto á que no se acercarán jamás los mayores esfuerzos humanos, hacer palpable que en los institutos religiosos las virtudes multiplican sus fuerzas, y por consiguiente evidenciar que era una imprevisión suma, una crueldad, un delito de lesa humanidad el condenar todo instituto religioso, el oponerse sin distinción á que ellos renazcan, cuando no para otro objeto, al menos para acudir á las necesidades que tan en descubierto se hallan en las sociedades modernas. Porque conviene no olvidar que no son solamente los enfermos los verdaderamente necesitados; hay esa muchedumbre de pobres á quienes las vicisitudes de la industria amontona frecuentemente en las calles y en las plazas pi-

diendo un bocado de pan para sus numerosas familias; hay esas clases trabajadoras que sin instrucción, sin educación, sin conocimiento de sus deberes se hallan abandonadas á sus malos instintos, sin más freno que el temor de la vindicta pública; hay esas mujeres que comienzan la carrera de sus debilidades en los establecimientos fabriles y acaban por sumirse en la corrupción más asquerosa; hay esa infancia de quien nadie cuida, en quien nadie piensa, que solo oye la obscenidad y la blasfemia, que asiste á menudo á escenas de escándalo, que divaga por los lugares públicos entregada á sí misma, creciendo en años y en perversidad, para continuar una vida inmoral, y tal vez cargada de crímenes. Estas necesidades son grandes; es urgente atender á ellas; en el estado actual de la sociedad es muy peligroso olvidarlas. El extravío de las ideas, la corrupción de costumbres y el enflaquecimiento del ascendiente religioso han hecho la situación mucho más crítica; lo que antes se llenaba más ó menos cumplidamente, ahora ha quedado totalmente desatendido; véase, pues, si no será conveniente que se permita, que se proteja el establecimiento de aquellos institutos religiosos que sean á propósito para satisfacer tamañas necesidades: interésanse en ello la religión, la humanidad, la política, el porvenir del orden social y hasta la prosperidad material de los pueblos. No olvidemos que en España no hay otro medio eficaz de influir sobre el mayor número que la religión católica: no olvidemos que esta religión, dejándola obrar con libertad é independencia, posee el secreto de excogitar los medios más conducentes para satisfacer las necesidades de cada época; no olvidemos que cuando la irrupción de los bárbaros hizo necesarias grandes asociaciones que conservasen los restos de la civilización antigua, y preparasen y fomentasen el desarrollo de la moderna, se vieron en el seno de Europa innumerables monasterios que conservaban el depósito de las ciencias y de las artes; recordemos que cuando las incesantes guerras con los musulmanes y sus frecuentes incursiones sobre las costas de los cristia-

nos aumentaron lastimosamente el número de los cautivos, nacieron en la Iglesia católica órdenes redentoras, cuyos individuos se consagraban á la piadosa obra de libertar á sus hermanos, ofreciéndose si era menester ellos mismos en lugar del cautivo á quien se proponían redimir. Traigamos á la memoria que cuando el descubrimiento del nuevo mundo reclamó colonias civilizadoras que templasen algún tanto la ferocidad de las conquistas, iluminasen á los pueblos que estaban sentados en las sombras del error, y los condujesen á una generación que los asemejara á los europeos, allí acudieron los institutos religiosos con la cruz en la mano, predicando fraternidad y paz, en tierras donde no se conocían sino el horror de la guerra y la ignominia de la esclavitud. Dejemos, pues, obrar al catolicismo en plena libertad; dejemos que la enseña de la redención se levante en todos los puntos donde la caridad quiera plantearla; y no dudemos que las necesidades que abruma á la sociedad moderna quedarán satisfechas en cuanto lo permite la mísera condición humana en esta tierra de infortunio: lo que podemos obtener de una religión divina no lo demandemos á los vanos pensamientos del hombre.—*J. B.*

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO TERCERO.

Páginas.

(NÚMERO DE LA REVISTA CORRESPONDIENTE AL 21 DE DICIEMBRE DE 1843.)— *Espartero. Art. 1.º* Situación de España. Espartero, Cristina y D. Carlos; carácter del grandor personal de Espartero. *Calidades personales de Espartero.* Reflexiones sobre la humildad de su cuna. Su valor. Diferencia entre el valor de un soldado y el de un general. Escasez de sus talentos. Dureza de corazón que manifestó en el mando. *Espartero general.* Medios que empleó para encumbrarse. Su destreza para aprovecharse de todas las situaciones. Su mérito en la batalla de Luchana. Documentos justificativos. Expedición de D. Carlos. Conducta de Espartero con respecto á ella. Plan de guerra. La combinación de los tres ejércitos. Acciones de Ramales y Guardamino. Título de Duque de la Victoria. Felicitación al Gobierno por la supresión del Guirigay. Documento justificativo. Abrazo en las Cortes de 1839. Conducta de Espartero con respecto á Cabrera. Conclusión de la guerra. 5

Estudios políticos. Artículo 1.º *El alto cuerpo colegislador.* Relaciones del sistema representativo con el absolutismo y la república. Creación de un cuerpo legislativo mediador. Fuerza absorbente de los cuerpos populares. La soberanía parlamentaria. Cámaras de Francia. El Senado de España. Cámara de los Lores de Inglaterra. Razón de las diferencias de dichos cuerpos. El orden